

## EL OJÁNCANO

### UN GIGANTE AL MÁS PURAMENTE ESTILO MONTAÑÉS

LOS mitos cántabros no se quedaron estancados en las antiguas divinidades, sino que fueron evolucionando, transformándose y variando en cierta medida, aunque es más que evidente que siempre siguieron conservando un sustrato característico de aquel lejano tiempo. A continuación, muchos personajes van a desfilar a lo largo de un buen número de páginas. Intentaremos acercarnos a ellos de forma diferente a la que es usual, y aunque nos paremos en su descripción y actividad, no obstante, pondremos especial entusiasmo en evidenciar la dimensión de estos seres, su alcance y repercusión social.

De entre todos los protagonistas que la mitología cántabra ha atesorado, quizá uno de los más conocidos y espectaculares sea el ojáncano, personaje de profundo calado y heredero de un buen puñado de tradiciones inherentes a todo el género humano. Numerosas son las denominaciones que recibe este gigantesco ser; sin duda, *ojáncano* es la que más ha sido divulgada, aunque sabedores de la diversidad de los valles de Cantabria no es raro encontrarnos con nombres como *juáncano* o *páncamo*, además de otros particulares apelativos que varían tanto como zonas conservan este particular y rico mito. Es un personaje que parece haber sido sacado de la máquina del tiempo, el cual ha transitado desde épocas lejanas hasta nuestros días. Su apariencia entronca con los protagonistas troglodíticos y casi prehistóricos, así como sus dimensiones, que lo unen con la más arraigada tradición de los gigantes. Nos situamos ante la representación de los gigantes en Cantabria, aunque con las peculiaridades con

las que nuestra tierra ha teñido el mito. Dos tipos de seres míticos han estado presentes a lo largo de todos los tiempos, cuyas características más importantes son las que les otorga su tamaño: gigantes y enanos. El ojáncano es nuestro particular gigante montañés, una gran mole que arrasa por donde pasa, pero que, en cierta forma, está cargado de emotividad y afectividad. No es nada extraño toparnos a lo largo de los tiempos con gigantes despiadados que guardan en su interior un corazón capaz de reblandecerse y tornarse benevolente.

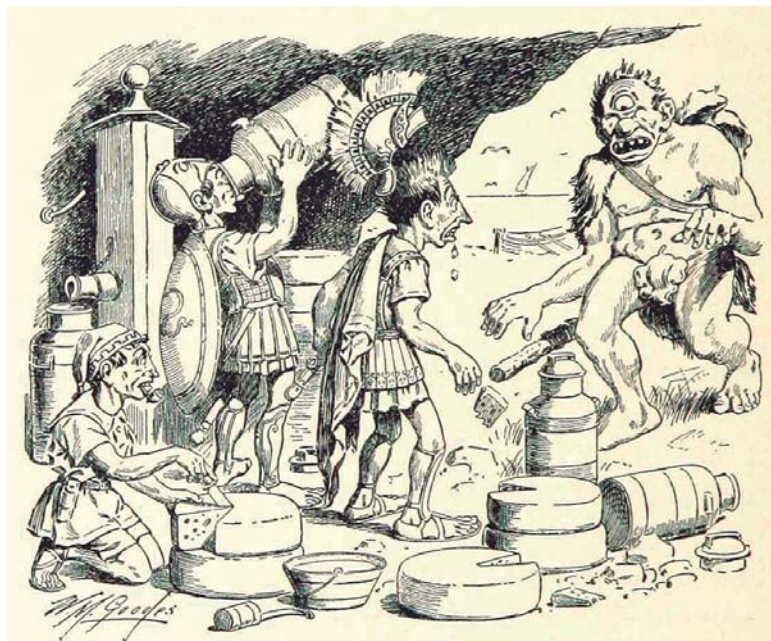
La presencia de este mito no es extensible a toda Cantabria, sino que se circunscribe a ciertas zonas, especialmente en las áreas costeras y centrales de la región, con singular relevancia y presencia en la parte occidental, compartiendo la leyenda con el territorio asturiano que limita con Cantabria. En este mismo sentido, los gigantes son seres medio divinos, medio mortales, que deambulan por todo el orbe terrestre, estando presentes en un extraordinario número de culturas.

El ojáncano es un verdadero titán, un portento de fuerza y poder, un Atlas capaz de sostener pesos enormes con sus descomunales miembros, con los que ni siquiera un oso puede imaginar competir. Su cabeza está revestida de una gran mata de largo pelo, tan descuidado y salvaje como su fea estampa. En la frente se muestra la característica que en cierta forma le da nombre y la que lo vincula a grandes mitos indoeuropeos. Me refiero a su único y gran ojo central, mediante el cual puede ver más allá de lo que los seres de dos ojos apenas son capaces de vislumbrar. Su barba es todo un fortín defensivo, pues a su extraordinario tamaño —le llega a las rodillas— hay que unirle la fortaleza de su pelo, cual cerdas de jabalí. Su boca es una caverna oscura, con fauces que petrifican; sus dos filas de afilados dientes no se detienen ante nada ni ante nadie. Lleva el cuerpo desnudo de ropajes o atuendo, pero realmente no los necesita, ya que está cubierto de un velludo manto que engrasa con untu de osu y que le convierte en más escurridizo, pues a su corpulencia y enorme tamaño hay que añadirle una agilidad propia de Aquiles, «el de pies ligeros».

Se encuentra su hogar en lugares oscuros y apartados, en cavernas y cuevas repartidas por las montañas de las que es un fiel guardián, pues no en vano toda esta tierra es su territorio. Aún hoy existen cuevas en Cantabria que nos recuerdan a su ilustre habitante. Constituye un buen ejemplo la *Cueva del Ojáncano*, en Molleda, Val de San Vicente. En el Dobra y en Andara se cuenta que deambulaban ojáncanos que erradicaron la vida de la zona, sucumbiendo incluso los lobos. El ojáncano erra por vastos territorios, imponiendo su particular ley a toda la naturaleza, sembrando el pánico y el horror. Como paradigma de la maldad, se cree que destruye todo lo que encuentra a su paso,



El ojancano, según interpretación de Isidre Monés.



Viñeta de un cómic histórico sobre Grecia. *Comic History of Greece* (1898).

arrancando árboles como si de simples palillos se tratase. Los animales domésticos son su principal fuente de alimentación, siendo el causante de la ruina de pastores y aldeas. Las bellotas y la miel son un sabroso complemento a su particular dieta.

Pero cada personaje mitológico ha sido creado con su talón de Aquiles para que les sea posible a los hombres acabar con él de alguna manera. Su punto débil, en este caso, no lo constituía su gran ojo, como suele ocurrir con los cíclopes o divinidades de un solo visor, sino que su punto débil se encontraba escondido dentro de su frondosa barba, en la cual había un pelo blanco o canoso, que si se lograba arrancar haría extinguir la vida del gigante montañés. Este gigante mudo y solitario remonta su origen a una concepción mítica que va más allá de lo puramente anecdótico. Es un monstruo que posee un nombre, que, tal vez, nos remita al dios Jano, de cual ya hemos hablado. Otro personaje de la vecina Vasconia que enlaza con nuestro protagonista es el Ujanko, genio que viene a la vida en el primer día del año, en el que ostenta tantos ojos como días tiene este período, los cuales va perdiendo jornada a jornada, pereciendo ciego el 31 de diciembre.

De Euskadi nos llega también Tartalo (conocido además como Torto o Alarabi). Por aquellos lares dicen que este antropófago habita en los navarros

montes de Zizur Mayor y Astráin, el monte Erreniega o en el monte Saadar en Cegama (Guipúzcoa), donde hay un dolmen llamado Tartaloetxea («casa de Tartalo»).

El cíclope por antonomasia es el antepasado griego, con un solo ojo y facultades divinas, siendo el más conocido aquél con el que Ulises tuvo una feroz lucha y al cual Góngora dedicó una extraordinaria obra poética que le acerca a este cántabro original: *Fábula de Polifemo y Galatea*:

De este, pues, formidable de la tierra  
bostezo, el melancólico vacío,  
a Polifemo, horror de aquella sierra,  
bárbara choza es, albergue umbrío  
y redil espacioso donde encierra  
cuando las cumbres ásperas cabrío  
de los montes, esconde: copia bella  
que un silbo junta y un peñasco sella.

El céltico dios de un solo ojo, Balar, o los gigantescos invasores de Irlanda, los Fomoré, el Goliat cristiano, el gigante galés Yspaddaden Penkawr, los *trolls* nórdicos o el yeti de las cumbres del Himalaya forman parte de una misma tradición de seres gigantescos con atribuciones comunes que han permanecido en las diferentes culturas, y que, aunque se han desarrollado por separado, han llegado a un lugar común de encuentro.

Mas que significativo es el término *oianco* y sus variantes que encontramos a lo largo y ancho de la piel de toro. El propio diccionario de la RAE se refiere a él como: *augmentativo despectivo de ojo y masculino de cíclope*.

De tal forma que nos encontramos con el Jáncanu, un gigantesco cíclope de las cuevas de Las Hurdes que mora junto a su mujer la Jáncana. O topónimos como Arroyo del Oianco, también conocido como del Cíclope, en Jaén.

Un erudito del siglo XVIII, que más adelante cobrará protagonismo en estas páginas, Benito Jerónimo Feijoo, en su obra de significativo título *Theatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes II*, dice:

Ya se sabe que en ninguna parte de la Tierra hai pigmeos, ni oiancos, ni hippogryphos, ni hombres con cabezas caninas, ni otros con los ojos en el pecho...

Entre otras muchas criaturas, podéis encontrar ojáncanos en un trabajo de mitología comparada editado en 1997 bajo el título de *La mitología cántabra a través de los mitos europeos* y que firma el que suscribe.

Tras el título *Seres míticos y personajes fantásticos españoles* se esconde una gigantesca compilación de personajes a lo largo de toda España. Manuel Martín Sánchez hace desfilar en casi seiscientas páginas todo tipo de seres y personajes. En la capacidad del lector está la de discriminar quién es quién, y quién ni es, de entre todos ellos. Todo un reto.